

La configuración del niño en algunas minificciones¹

Jhoana Herrera Fabian
Universidad de San Marcos

Este trabajo es producto de nuestra lectura de algunas minificciones en las que hemos querido observar la configuración del niño como personaje. Cabe indicar que nuestro interés por la literatura infantil y el tratamiento del niño en la literatura fue lo que nos condujo a un libro como *¡Basta! + de 100 cuentos contra el abuso infantil* y, a partir de allí, a la minificción.

En las páginas siguientes, comentaremos algunos microrelatos que representan al niño. Comenzamos con *¡Basta! + de 100 cuentos contra el abuso infantil*, libro compuesto por historias desgarradoras cuya meta es invitar a la reflexión y a la acción sobre este terrible problema que es la violencia contra los niños. Luego, continuamos con *Minificciones. Antología personal*, de Ana María Shua; *Por favor, sea breve*, de Clara Obligado (ed.); *Entre vivos y muertos*, de Alberto Benza; *El hombre roto*, de Ana María Intili, y *Aztiram, un mundo de brevedades*, de Maritza Iriarte, obras que pudimos conocer gracias al interés que nos causó *Basta*.

A continuación, desarrollaremos nuestro trabajo planteando algunos temas.

¹ Versión corregida y aumentada de la ponencia homónima leída en la VII Jornada Peruana de Minificción, realizada el 3 de agosto de 2017 en la XXII FIL Lima.

1. Los medios de comunicación y su aprovechamiento de la miseria ajena: cuando la violencia y el sufrimiento son rentables

Aquí nos centramos en textos donde se reconoce el poder y la indiferencia de los medios de comunicación frente al sufrimiento del niño. Comenzaremos con «El ojo de dios»:

Marcelo, doce años recién cumplidos, escupe con rabia al ojo de la cámara. No me graben, después no puedo trabajar, dice mientras juega con una pistola entre sus dedos. Contento por el hallazgo, el periodista tira cientos de caramelos al aire y Marcelo, olvidando sus juegos mortales, lo agarra y lo sigue. Al niño lo encontró rastreando en las calles, muy arriba, en los cerros de Valporey, al verlo, se dio cuenta de que tenía una buena historia. Desde el ojo de dios prometen encontrar una madre, una vela encendida, el pan nuestro de cada día. Marcelo cree. Pero el ojo de la cámara es implacable. Solo cuatro meses duró la travesía. Los focos se apagaron y Marcelo quedó solo en medio del basural. El periodista no cabía en sí de alegría: ganó el primer premio al mejor reportaje de televisión en homenaje al Día del Niño.²

La cámara es cruel con Marcelo, es el «ojo de dios» que se aprovecha de la miseria de un niño para explotarlo a través de la lástima que genera. Notemos desde el título cómo se reconoce el poder de los medios de comunicación; en este caso, los audiovisuales. La lente de la cámara es un ojo poderoso que observa y controla todo: maneja la información y la utiliza para su propio beneficio. En este caso, al pequeño lo usan y lo ilusionan por un momento para obtener premios

² Rosa Alcayaga. «El ojo de dios». En: Pía Barros (ed.). *Basta + de 100 cuentos contra el abuso infantil*. Santiago de Chile: Ediciones Asteroión, 2012, p. 14.

(irónicamente por el Día de Niño) y luego lo dejan nuevamente solo en su miseria; ahora, con una gran desilusión.

En otro microrrelato, como «Creando un monstruo»³, los medios denuncian el maltrato, pero causan el efecto de irse acostumbrando a él: «cada vez nos produce menos dolor ver un maltrato, un abuso o un asesinato»; así, un niño maltratado siente frustración al verse reflejado en la noticia, mientras que su hermano se siente incapaz de dar cuenta de la situación.

En ambos textos notamos la doble cara de los medios al hablar sobre el maltrato: en el primero, el niño tiene la ilusión y la esperanza al principio porque cree que lo están ayudando, pero luego es nuevamente abandonado y ahora su miseria es mayor: se agrega la decepción; por su parte, en el segundo, ambos hermanos ya cargan una amargura terrible: uno de los niños reconoce que ver el maltrato denunciado en la pantalla lo distraía y dejaba de observar a su hermano golpeado, mientras que este observa la televisión cuando su padre lo castiga y siente rabia al notar que se haya en la misma situación de víctima. Un tópico que aparece en ambos, y en todo el libro en general, es la falta de protección al niño.

Una tercera historia que aborda esta temática se halla en *El hombre roto*, de Ana María Intili: «Nuevo milenio»:

Ella es una amputada. Desde pequeña lo supo. Preguntaba por su padre y le cortaban por lo sano. Buscó trabajo, le mutilaron la virginidad. Ofrecía amor y recortaban su corazón. Comenzó a razonar cuando le cercenaron la cabeza, hasta que salió en los titulares: Espécimen del nuevo milenio, era la primera de la lista.⁴

Aquí se aborda el terrible tema de que la violencia hacia la mujer comienza desde la niñez: desde niña descubre que

³ Ignacio Bustos. «Creando un monstruo». *Ibíd.*, p. 25.

⁴ Ana María Intili. «Nuevo milenio». *El hombre roto*. Lima: El gato descalzo, 2015, p. 41.

está amputada, mutilada, ambos términos atroces que reflejan dolor y violencia: la silencian, abusan de ella, se burlan de ella. Dicho pesar continúa y empeora con los años hasta que logran terminar con ella. Finalmente, los medios de comunicación reaccionan de forma deshumanizada y cruel, reduciendo el drama de la mujer a un titular sensacionalista. Este desenlace reafirma que el dolor humano se ha vuelto un producto más que puede ser explotado y vendido.

2. La conciencia del engaño: ellos saben lo que hiciste

Los niños son inocentes, pero no ingenuos ni tontos: tengan la edad que tengan ellos intuyen el peligro. Aunque la memoria oculte los daños o el poco conocimiento del mundo les impida reflexionar a fondo sobre el mal causado, ellos comprenden que han sido víctimas y esto genera distintas reacciones.

Observemos lo que sucede en «Entre alboroto»:

Entrábamos a la casa de la Vivi y le dábamos un beso a su abuelito. Estaba sentado porque le faltaba una pierna, la Vivi decía que tenía diabetes. A medida que ingresábamos nos levantaba el vestido y nos tomaba el muslo, el abuelito. Se sintió un alboroto en el patio, yo quise correr para ver qué pasaba pero no pude avanzar porque me quedé enredada en la mano de abuelo. Sentí un dolor tremendo, estaba con ese abuelo sola, y mis ingles sangraban, una herida grande, no sé pero esa mano allí me rasguñó. Las niñas al volver me miraron sorprendidas y algo cuchichearon como que tenía la regla y quise ir donde mi mamá para preguntarle qué era la regla, yo no quería acercarme más al abuelo de la Vivi ni a ningún hombre que hiciera salir la regla.⁵

Nuevamente, alguien más grande, un adulto, se aprovecha de la inocencia de las niñas y las manosea. Puede notarse la

⁵Ana Rosa Bustamante. «Entre alboroto». En: Pía Barros (ed.). *Op. cit.*, p. 24.

inocencia de las niñas, pues creen que la sangre de la protagonista es la regla, y que esta concluye que odia a todos los hombres que provoquen la regla pues se reconoce como víctima, aunque aún no sabe de qué. Otras historias con esta temática son: «Paula»⁶, que narra la historia de una niña mayor llamada Paula, que engaña a una más pequeña para violentarla sexualmente. Se aprovecha de la inocencia de la menor para besarla y tocar su cuerpo y esta no comprende del todo, pero intuye que está siendo utilizada y siente ira. También «Columpios»⁷, donde una adulta se aprovecha de las ganas de jugar en los columpios que tienen unos niños y los besa y manosea. Ellos comprenden a medias lo que ha ocurrido, pero saben que los han lastimado. Finalmente, «Abusos, sobornos y otros delitos menores»⁸, donde una adulta grotesca pide besos en la boca a cambio de darle flores de colores a un niño de 3 años. Al parecer, este niño, ya mayor, narra la experiencia y cuenta cómo no pudo defenderse debido a su edad.

En estas historias se observa que los niños, al recibir abusos, aún no comprenden realmente qué les ha sucedido, pero sí son capaces de notar que han sido violentados, que alguien los ha lastimado y sienten ira hacia el causante y hacia los que lo permitieron, tristeza por la pérdida de su mundo feliz y vergüenza por su condición de víctimas.

3. Peligro dentro del hogar: no están a salvo en casa

Los familiares, principalmente los padres, son los supuestos protectores del menor, los encargados de cuidarlos, de instruirlos y prepararlos para la vida; de darles un hogar, un lugar seguro y cálido. En los siguientes textos observaremos

⁶ Tamara Bórquez. «Paula». *Ibid.*, p. 23.

⁷ Nínoska Cea. «Columpios». *Ibid.*, p. 34.

⁸ Santiago Leño. «Abusos, sobornos y otros delitos menores». *Ibid.*, p. 83.

lo contrario: el hogar se convierte en un lugar atroz, terrorífico y violento.

Por ejemplo, en «Bailarina»⁹, una niña es obligada a bailar por su padrastro, quien la ultraja y la infecta, y muere por depresión e infección, mientras que en «Invitados»¹⁰ vemos cómo los mismos padres exponen a los niños: los vuelven objetos sensuales y los obligan a ser carismáticos con otros adultos. Lo terrible es que quien propicia este terrible hecho es la propia madre de la niña, quien la deja sola con un invitado.

Nos detendremos un poco más en «Pasos en la escalera»:

Ni sus escasos siete años ni el terror o la vergüenza pudieron detener los pasos que como todas las noches, subían lento por la escalera mientras la voz pastosa por el alcohol anunciaba a su esposa que lavaba los platos en la cocina: «voy a darles las buenas noches a las niñitas».

El aliento fétido del padre metido en su cama y sus manos recorriéndola eran más poderosos que las inútiles patadas con que trataba de alejarlo. El hombre se enardecía más y más. En la cama vecina, su hermana fingía dormir. A la mañana siguiente, sus ojos enrojecidos por el llanto escrutaban el rostro de la madre. Ella sabía, tenía que saber, era una mujer inteligente que no podría ignorar el asesinato de la niñez de su hija menor que ocurría noche a noche a pocos metros de ella. Pero nunca dijo nada.¹¹

Notamos cómo la niña reclama, con la mirada, a su madre, que finge no saber de los deseos de su esposo hacia sus propias hijas. ¿Cuál podría ser la razón por la que la madre permite esta clase de abusos? Es posible que la niña no lo entienda, pero sí sabe y le duele que su madre no le brinde

⁹ Raúl Cañete. «Bailarina». *Ibíd.*, p. 28.

¹⁰ Hilda Carrera. «Invitados». *Ibíd.*, p. 32.

¹¹ María Luisa Daigre. «Pasos en las escalera». En: Pía Barros (ed.). *Basta + de 100 cuentos sobre el abuso infantil*. Ediciones Asterión, 2012. P. 40.

protección. Entonces, frente al abuso, lo que más duele es la indiferencia.

En «La última»¹², la menor de diez hermanos sufre abuso de su hermano mayor: felación y sodomía mientras duerme, ya que comparte cama con él y un hermano más. Luego de uno de los abusos más fuertes, le cuenta a su madre y esta sin mirar (señal de que reconoce lo incorrecto, pero no desea afrontarlo) le increpa que ese hermano lleva dinero a la casa mientras que ella no sirve para nada. O sea, ser el sustento económico justifica el abuso.

Por otra parte, «Escarmiento»¹³ nos pone a una niña que ve a su padre, separado de su madre como un enemigo. Por la falta de tiempo, la madre debe recurrir a él para que lleve a la niña al colegio y este intenta tocar indebidamente a su hija. La historia da a entender que ya lo ha hecho otras veces, pero la niña está dispuesta a defenderse, esta vez: le da su merecido antes de que la ultraje otra vez. Nuevamente, podemos observar la pérdida de la inocencia.

En «Tan tierno el abuelito»¹⁴ un «tierno» abuelito ofrece dulces a los niños y los padres de estos se los confían sin pensar en las consecuencias. Una adulta que ha vivido llena de rencor por ser víctima del anciano, en su infancia, se venga, finalmente, de él.

Maritza Iriarte también trabaja este tópico en su libro *Aztiram*, compuesto por 33 textos de temática variada, muchos de ellos con finales sorprendentes y lenguaje irónicos. Veamos «Secretos de familia»:

Mamá tomó la pistola sin saber que estaba descargada. Papá le quitó las balas y afiló el cuchillo de cocina. Esta vez me tocará limpiar el desastre y, la próxima vez, elegir una nueva mamá.¹⁵

¹² Zaida Soto. «La última». *Ibid.*, p. 144.

¹³ Ana Crivelli. «Escarmiento». *Ibid.*, p. 38.

¹⁴ Fanny Guzmán. «Tan tierno el abuelito». *Ibid.*, p. 69.

¹⁵ Maritza Iriarte. «Secretos de familia». En: *Aztiram, un mundo de brevedades*. Lima: Micrópolis, 2013, p. 41.

Observamos cómo el niño, o la niña, vive rodeado de matanzas: su padre suele matar a sus parejas y, en consecuencia, este niño se muestra deshumanizado: sabe que la mujer de la historia morirá y se prepara para recibir a su nueva mamá como si la muerte fuera nada o algo cotidiano.

Por último, en «Sagrada familia»¹⁶, una adulta recuerda el abuso de un familiar la primera noche que pensaba intimar con su novio. Él entiende lo que sucede y expresa su comprensión tomando su mano mientras ambos cierran los ojos. He querido culminar esta sección con este microrrelato ya tiene algo que lo diferencia de los demás: aquí el personaje es una adulta víctima de los recuerdos de su niñez, los cuales salen a flote y le causan tristeza. Sin embargo, el final es esperanzador: su pareja la comprende y apoya, como observamos en el apretón de manos final.

4. Mayor trabajo literario en *Basta...*: fondo y forma de la mano

Un rasgo que se destaca en los microrrelatos de *¡Basta!...* es el mensaje directo y que no todos tienen el mismo trabajo literario. La mayoría de los textos que conforman el libro tienden a partir de un mensaje que se pretende difundir y la historia solo lo ilustra. Sin embargo, consideramos que algunos microrrelatos del libro rompen ese rasgo y muestran un mayor juego con la forma; es decir, brindan el mensaje de un modo más trabajado.

Iniciaremos con «Jugando a las muñecas», donde un niño producto de abuso sexual sabe que será abortado e intenta volver al vientre de su madre adolescente, pero esta lo arroja con lamentos:

¹⁶ Andrea Fortunato. «Sagrada Familia». En: Pía Barros (ed.). *Op. cit.*, p. 59.

Cuando quien pudo haberse llamado Manuel escuchó los berridos de su madre y la vio frotarse las piernas con nieve y hojas mojadas, supo que le esperaba una vida breve. Intentó arrastrarse de regreso por el reguero que brotaba de los muslos de ella; odió su repugante indefensión. «Si hubieras nacido cuando vivíamos en la fascinación por la tormenta y no en el temor por el capataz de la salmonera, habrías sido un niño con risa, pecho y manta», alcanzó a decir ella antes de ponerse de pie, recoger su muñeca de trapo, ajustarse el uniforme de liceo y lanzar al crío a las aguas del canal. Rebotó entre las piedras, se arañó contra los maderos y las olas lo arrojaron, como un desperdicio más, entre las tripas de pescado y la espuma sanguinolenta sobre las playas del Golfo del Corcovado.¹⁷

El siguiente es «Mariana», que trata sobre una niña que escribe un cuento donde su personaje, otra niña, escapa. Ella la busca en el mundo real porque hay un «él» que desea lastimarla:

Mariana escapó de mi libro. Un amigo que lo leyó me avisa que ha visto a la niña. Sentada en un banco del parque lloraba, con su pelo rubio ocultando sus ojos. ¿Por qué vino? Corro hacia allá. Debe tener miedo de este mundo. Me angustia no saber si la hallaré, y si la realidad permitirá que el autor y su personaje puedan encontrarse fuera del cuento. Llegando a la plazuela me cruzo con el miserable de su padre, no sabía que también había escapado. Se ve tan desagradable como lo describí. No me reconoce. Se aleja oteando las calles, la busca. Entonces esta era la fuga que la pequeña planificó en aquella escena final...y el final no fue feliz: el cabrón la descubrió.

Mariana acaba de llegar a nuestro mundo, y el peligro la vuelve a acechar. Levanto mi vista, no la diviso. Debo encontrarla antes que él.¹⁸

¹⁷ Dauno Tótoro. «Jugando a las muñecas». *Ibid.*, p. 155.

¹⁸ Eduardo Contreras. «Mariana». *Ibid.*, p. 35.

Por último tenemos «Animal Planet», donde un niño se defiende con la fantasía:

Sabe que no debe dejar de soñar, que la lucha por sobrevivir es salvaje. Atento al ruido de objeto que corta el aire al desplazarse, cierra los ojos y es gaviota sobrevolando el mar. Otra ráfaga y siente un ardor en la espalda que lo hace lanzarse al agua, en búsqueda de alivio. Se sumerge. Ahora la sensación del líquido viscoso en su piel lo transforma en pez. Entonces, al límite de sus fuerzas, nada hasta encontrar refugio en un arrecife y se hace coral. Así no siente. Solo se mimetiza entre los filamentos rojos con su cuerpecito en llagas, abandonado al movimiento del oleaje que va y viene, quieto, sin necesidad ya de respirar. Y todo eso entre correazo y correazo. Sabía que no debía dejar de soñar. Su lucha por sobrevivir fue salvaje...¹⁹

En este último texto se narra la historia de un asesinato. Un niño es golpeado a correazos, pero él imagina mundos donde podría ser libre o estar a salvo. Él sabe que lo dañan y desea defenderse, sobrevivir, pero al final muere. Esto podemos observarlo por el cambio de los verbos de presente («Sabe que no debe...») a pasado («Sabía que no debía...») y por los animales en quienes se convierte en su imaginación: de seres móviles (gaviota, pez) a cada vez más estáticos (coral).

Volvamos al primero de esta sección. «Jugando a las muñecas» sale del marco «realista», pues se observan elementos fantasiosos: el bebé aún dentro del vientre escucha a su madre, aún niña, lamentarse por no poder conservarlo y tener que deshacerse de él por ser producto del abuso. Mientras ella lucha por expulsarlo, él se aferra al vientre, pero sabe que está condenado y lamenta, desde antes de nacer, su «maldita indefensión». Notemos la perspectiva del niño que sabe que será abortado: él se aferra a la vida. Este relato invita al debate sobre el aborto y la vida.

¹⁹ Cristina Linhares. «Animal Planet». *Ibíd.*, p. 84.

Por otro lado, los otros dos presentan un rasgo en común: los niños protagonistas utilizan su mayor arma, la imaginación, para defenderse del adulto que les hace daño. En el primero, la niña que sufre abuso sexual ha creado una historia feliz donde una niña está a salvo del peligro, pero esta niña ficcional se pierde y cae en la terrible realidad donde él (el padre de la niña de ficción, que abusa de ella) podrá lastimar también. Apreciamos hasta dónde penetran el miedo y el horror: ni siquiera en sus fantasías puede salvar a alguien y, además, intenta salvar a otra niña y no a sí misma, quizá porque ella ya ha sido irremediablemente lastimada.

En general, podemos concluir que en *¡Basta!...* se manifiesta un tema constante: la desprotección del menor por parte de los medios, los vecinos, adultos extraños, familiares, amigos un poco más grandes, entre otros. Lo que aterra es que cada historia puede encontrarse en la vida real y no solo en la ficción. Esperamos que estas historias no solo inviten a la reflexión, sino también a la acción. Mucho puede hacerse aconsejando a los niños y conversando siempre con ellos.

5. Picardía infantil: ellos entienden lo que no queremos decirles

Iniciaremos este bloque con un texto de Ana María Shua presente en *Minificiones*, la antología personal de la escritora argentina, quien selecciona minificiones provenientes de sus libros *La sueñera*, *Casa de geishas*, *Botánica del caos*, *Temporada de fantasmas* y *Fenómenos de circo*. El título de cada uno de estos encierra el tema en general de los textos que lo componen. Por ejemplo, el primer texto que elegimos, «Mirando enfermedades» pertenece al libro *Botánica del caos* y tiene que ver, de cierto modo, con una planta:

En el diccionario de Agronomía y Veterinaria había ilustraciones y muchas fotos. Una extraña tumoración nudosa deformaba la articulación de una rama.

—¿Esto qué es? —preguntaba yo, la niña.
—Es una enfermedad de los árboles —me decía papá.
—¿Esto qué es? —preguntaba yo, señalando, en la foto, el sexo de un toro.
—Es una enfermedad de las vacas —me decía papá.
Era lindo mirar enfermedades con mi papá. Como sabía que me estaba mintiendo, observaba con asombro y regocijo los desmesurados genitales que crecían deformes en los árboles machos.²⁰

Podemos apreciar cómo una niña pregunta sobre sexualidad y su padre le miente. Ella se divierte porque sabe que él trata de engañarla y, además, comprende todo lo que está viendo. También se observa un detalle que muchos adultos pretenden censurar: los niños comprenden los temas sobre sexualidad: a su manera, con ciertos errores, pero ellos lo saben y suelen divertirse al ver al adulto en aprietos intentando dar una explicación.

Otro texto que comparte este tema de la picardía lo encontramos en *Entre vivos y muertos*, de Alberto Benza. Se trata de una antología personal de tres de sus libros: *A la luz de la luna*, *Señales de humo* y *Hojas de otoño*. Veamos «Navidad»:

Luis me contó un secreto: que su padre era Papá Noel.
—¿Cómo que es tu padre? —repliqué.
—En vísperas de Navidad, bajé sigilosamente por las escaleras para buscar mi regalo. Ya en la sala, vi a mi madre haciendo el amor con un señor viejo y de barba blanca. Era canoso y llevaba gafas. Luego escuché que él decía: «Aquí está el dinero, y también estoy dejando un regalo para tu hijo».²¹

²⁰ Ana María Shua. «Mirando enfermedades». En: *Minificciones. Antología personal*. Ciudad de México: Ficticia, 2016, p. 68.

²¹ Alberto Benza González. «Navidad». En: *Entre vivos y muertos. Antología personal*. Lima: La nave, 2015, p. 30.

Este niño refleja picardía e inocencia a la vez: la picardía se nota en la expresión que usa al hablar con su amigo «vi a mi madre haciendo el amor», pues notamos que entiende lo que es el sexo, pero la inocencia, seguro irónica, se manifiesta al creer que este hombre es Papá Noel por su apariencia y el regalo para el niño.

5. Angustia por el paso del tiempo: ¡No quiero crecer!

El miedo a envejecer y perder la lozanía, la energía o notar que las metas trazadas no se cumplieron es terrible. En esta sección vemos cómo reaccionan los niños y adultos al notar el paso del tiempo.

Comenzaremos con una historia de Ana María Shua: «Los chicos crecen»:

El chico crece. Cada diciembre, con un lápiz de mina blanda, marcan su altura en la pared, detrás de la puerta del dormitorio. Hay otra marca, mucho más alta, que señala la altura del padre. El chico se esfuerza por alcanzar esa raya negra, se ahínca en el crecer como en una tarea peligrosa y constante. Un día no necesita medirse para darse cuenta de que es más alto que sus deseos. Pero ahora el padre está viejo, el hijo ya no tiene interés en alcanzarlo y sin embargo no puede detener esa carrera absurda que se arrepiente de haber empezado, lucha por frenar y es al revés, todo va tanto más rápido.²²

Primero observamos a los niños y su interés por crecer, pero luego, su temor a alejarse de la juventud, que conlleva el miedo a envejecer y la impotencia frente al paso irrefrenable del tiempo. A su vez, esto se traduce en la conciencia de ver envejecer a los padres, verlos desgastarse, y en la firme decisión de ya no querer crecer más.

Otro texto similar lo tenemos en la antología de Clara Obligado, *Por favor, sea breve*, donde encontramos textos de

²² Ana María Shua. «Los chicos crecen». *Op. cit.*, p. 89.

variada extensión y a autores como Mario Bnedetti, Vicente Huidobro, Julio Cortázar, entre otros. El cuento que presenta al niño como protagonista es «Crianzas»:

Siempre imagino que mi mamá tiene nada más que veinticinco años (la edad que ella tenía cuando yo nací), de ahí que em enfurezca si la oigo arrastrar los pies, cloquear, toser, pensar como una vieja. No entiendo por qué a los veinticinco años le han salido arrugas ni me explico cómo, siendo tan joven se acuesta tan temprano.

Si en algún momento de pavorosa lucidez advierto que es una vieja, tal descubrimiento me llena de horror, por lo cual trato inmediatamente de expulsar dicho conocimiento de la luz de mi conciencia, de manera que en seguida recupera sus veinticinco años.

Ella me trata a mí continuamente como si yo fuera una niña, por lo cual nos entendemos perfectamente. No insisto en crecer, porque sé que es inútil: para nosotras dos, el tiempo se ha estacionado y ninguna cosa en el mundo podría hacerlo correr. Moriré de cinco años y ella de veinticinco: a nuestros funerales irá una muchedumbre de ancianos niños y de niños que jamás llegaron a crecer.²³

Madre e hija se ponen de acuerdo para no crecer: la madre no desea ver crecer a su hija y la trata por siempre como una niña de cinco años, y la hija no acepta la vejez de su madre, pues la asocia a torpeza, lentitud y fealdad, por lo cual decide verla como si tuviera veinticinco años siempre. Ambas, o por lo menos la hija, saben que eso es incorrecto; en su comentario sobre el entierro se nota que el tiempo de todas maneras pasará: «ancianos niños». No obstante, deciden aceptar ese pacto. Al igual que en el texto de Ana María Shua, vemos cómo aterra el paso del tiempo cuando se toma conciencia de este y cómo el retorno a la infancia se convierte en un lugar en común.

²³ Cristina Peri Rossi. «Crianzas». En: Clara Obligado (ed.). *Por favor, sea breve*. Madrid: Páginas de espuma, 2001. P. 38.

6. Navidad: un momento de paz y unión

La Navidad es un tema que se relaciona bastante con la infancia. Los dos microrrelatos de esta sección provienen de *Entre vivos y muertos*, de Alberto Benza.

Uno de estos ya fue comentado en un punto anterior y es «Navidad», donde el protagonista evidenciaba picardía y conocimiento de lo que es tener relaciones sexuales, pero sin perder su inocencia de niño.

Cambiando de tono, otro texto muestra una historia trágica: «Bombardas»:

Recuerdo la Navidad con tremendas bombardas. Mi padre, abrazándome, decía: «No tengas miedo, se acerca la llegada de Papá Noel.», y mi miedo se transformaba en paz. Después empezaba a oír, con más claridad, los fuegos artificiales. Mi padre agregaba: «Son los renos Donner (Trueno) y Blitzzen (Relámpago) que están pasando por la chimenea.» Esa noche recibí un tractor de regalo. Pero me hubiera gustado que fuera uno real, para así limpiar los escombros que dejó la guerra aquella Navidad.²⁴

El padre intenta proteger la inocencia de su hijo, quien a tan corta edad vive una de las experiencias más terribles de la humanidad: la guerra. El elemento que refuerza lo conmovedor de este acontecimiento es que sea en Navidad, una fecha asociada a la unión, la infancia y el amor. Este tópico lo encontramos también en una popular película italiana: *La vida es bella*, con la cual quisiéramos entablar intertextualidad, pues hallamos algunos puntos en común: en ambos, la guerra es el suceso que genera tensión. También coinciden en que la figura paterna juega un rol central: proteger la ilusión y la paz del niño. La película especifica que el conflicto es causado por los nazis y, en el cuento, no; en la película, el

²⁴ Alberto Benza González. «Bombardas». *Op. cit.*, p. 31.

padre convence a su hijo de que todo se trata de un juego donde hay soldados y prisioneros, mientras que en el cuento, el padre le dice al niño que las bombardas son fuegos artificiales. Sin embargo, el resultado final es muy distinto: en la película el niño cree en lo dicho por su padre y se convence de que han ganado el «juego», pero en el cuento, el niño sabe muy bien que está afrontando una guerra, que hay destrucción y escombros: pese al intento de su padre por proteger con fantasías o mentiras «tiernas» la paz del menor, el niño conoce la verdad.

Cierre

Ha sido satisfactorio encontrar al niño como protagonista en los libros que revisamos, apreciar el tratamiento que se da a las historias, los temas recurrentes, la configuración del personaje y el mensaje transmitido. Como lectores, hemos disfrutado mucho de las minificciones, un ámbito nuevo para nosotros, ya que, como comentamos al inicio de este trabajo, fue nuestro interés por la literatura infantil lo que nos motivó a explorar el género. En esta charla hemos expuesto nuestras impresiones, a grandes rasgos, de cada texto. Realmente, muchos de ellos se prestan a trabajos interpretativos más profundos y esperamos que más creadores sigan considerando al niño en sus obras.